

# De fulgor a fulgor

Vida y lecturas

**Asun Balzola\***



*En estas páginas, la escritora e ilustradora Asun Balzola nos desvela cómo empezó a leer y lo que ello significó: «La lectura, la comprensión de aquellos astros gráficos llenos de misterio en el universo del papel color barquillo era un arma defensiva en la jungla de la vida [...]». Luego hace un repaso de los autores y libros que fue descubriendo en las distintas etapas de su vida y en los países a los que viajó.*

*Los pucheros*



**E**mpecé a leer poco a poco, casi sin darme cuenta. Salía a la calle de la mano de la abuela Romana y deletreaba en voz alta los rótulos de las tiendas. Descifrarlos era maravilloso y el alma se me esponjaba. Era un paso muy importante en el camino de la vida, y es que aunque mis hermanos y yo disfrutáramos mucho de los placeres que estaban a nuestro alcance, sabía que aquélla no era fácil. Cuantas más armas tuviera para defenderme, mejor.

Cada vez que terminaba de deletrear una palabra con éxito, la abuela me apretaba la mano.» (A. Balzola, *Txoriburu. Cabeza de chorlito*, Destino.)

«Casi sin darme cuenta», es decir sin didactismos, sin exigencias ni pretensiones sólo la cálida recompensa de la mano de mi abuela Romana abarcando la mía. Poseía muchas palabras y era dueña de los refranes que jalonaron mi infancia. Decía: «A buen entendedor...», y prolongaba un silencio despectivo.

—A buen entendedor, ¿qué, abuela?

—Ya sé yo lo que me digo, hijatxo. Mejor callar.

Cuando jugaba con mi hermano la abuela otra vez:

—Sí, ríe ahora que ya llorarás luego. Dime con quién andas...

—Díme con quién andas, ¿qué, abuela?

—Nada, nada que sois tal para cual, refitolera.

¡Qué misteriosas sus palabras!

Palabras, palabras, deliciosas como chocolatinas que uno saboreaba en la dulzura de la noche. *Refitolera, desaforada, txoriburu*. Y las otras, las palabras tipográficas quietas en la serenidad de la página cuyos caminos recorría con el dedo abriendo brechas en otros mundos y otras gentes. Palabras escritas que enlazaban los signos con la música de su sonido:

«—¡Abenámar, Abenámar,  
Moro de la morería,  
El día que tú naciste  
Grandes señales había!»

La belleza de los romances, la grave música del castellano antiguo en las ten-



Asun Balzola y su hermano Martín en la playa, en 1946.

siones de las guerras entre moros y cristianos.

La lectura, la comprensión de aquellos astros gráficos llenos de misterio en el universo del papel color barquillo era un arma defensiva en la jungla de la vida, pues era necesario tener armas, y cuantas más mejor, porque hasta tu padre te podía meter en una torre de no andarte con ojo. El romance lo contaba.

«Esclavas por ser esclavas,  
Dadme una jarrita de agua,

Que sea de plata y oro  
Adornada de esmeraldas  
Y en lo alto de la torre  
A Delgadina entregadla,  
Que más de sed que de hambre  
A Dios le entrega su alma.»

En el momento en el que la música de las palabras te atrapa, estás perdido. Comienza el amor más hermoso, más sereno de la vida, el más duradero: la lectura. No hay más que observar a las mujeres que leen en el metro (general-





Asun Balzola, 2005.

mente son ellas las que leen), en el autobús Madrid-Bilbao, en el avión. Son felices y, cuando levantan la vista y su mirada se cruza con la tuya, no te reconocen; están en otro lugar.

Al tiempo que memorizaba Delgadina, mis padres me metieron en una escuela alemana, precaria pero fascinante, pues me encontré con otra lengua y, de pronto, mamá era *Mutti* y papá *Vati* y ¡qué desconcierto más grande, abuela, que ya no eres sino *Grossmutter* (que te va como anillo al dedo, pues contigo se

pueden hacer cuatro *Muttis*!) y las naranjas que, según dices «andan rodando por el pasillo» se convierten en «*Oran-gen*», soles reverenciados para los niños y niñas de pelo pajizo que llegan de una guerra más devastadora aún que la que hemos sufrido nosotros.

En la escuela alemana me encontré con la hache aspirada —de la que me enamoré sin freno— y, ¡voto a bríos!, mis deseos de ser pirata se tambalearon ante la sonora afirmación de que allí estaba el único, el irreplicable *Struwelpeter*, el niño perverso que no se dejaba cortar ni las uñas ni el pelo:

«Sieh einmal hier steht er,  
Pfui! Der Struwelpeter!  
An den Händen beiden  
Liess er nicht schneiden  
Seine Nägel fast ein Jahr.»<sup>1</sup>

Y, sin atrevernos confesárselo a adulto alguno, todos pensábamos: ¡Vaya güevos que tiene este tío!

«... cuando empecé a leer... la realidad se desdobló como un papel de envolver con un pliegue en medio: en un lado, la vida real, y en el otro, los libros. Los libros misteriosos que leían mis hermanos y mamá y papá, y que pronto entendería yo también.»

«Me sentaba en el suelo con uno de los tomos de los Blanco y Negro encuadernados y leía las letras grandes de los anuncios. Recuerdo el de la mujer con unos rizos oscuros hasta la cintura que sostenía un frasquito en las manos. Sonreía feliz, ¿qué había descubierto?»

«“Abrótano macho” decía el rotulo. “Tónico para el cabello.”

—Abuela, ¿qué es abrotano macho, tónico para el cabello?

—Un crecepelelo, hijatxo.

Daba miedo. ¡Qué nombre más feo!»<sup>2</sup>

En su tocador vestido de cretona floreada, mamá tenía un pote de crema para la cara. Crema Pond's. Sonaba a luna (*Pooond's*) y, además, para acentuar el parecido, era blanca y redonda. Sus sombreritos los compraba en una sombrería llamada *Lola Moure* que sonaba lolamuuur parecido al mugido de las va-

cas y Dolores, la de Calatayud, decía la copla que había muerto de vergüenza y «sin sabores», que debía ser una enfermedad muy rara. ¿Ponía mermelada sobre el pan y no le sabía a nada?

Quien se llevaba la palma de las crueldades era el amante enamorado que quería hacerse un rosario con sus dientes de marfil<sup>3</sup> —los de ella—. Peor que Barba Azul, un desatinado que se casaba con unas doncellas bien mentirosas para su desgracia. Yo le tenía bastante simpatía a pesar de que me aterraran los cadáveres de sus mujeres. Que tuviera la barba azul me parecía muy bonito, muy surreal (la barba sería color azul marino y brillaría como un cielo nocturno), ahí no estaba el quid del asunto. El quid tenía que ver con la llave y las manchas de sangre que no se borraban nunca y era ésta una noción tan desasosegante que me quitaba el sueño.

Cuando, a los 20 años, tuve el accidente de coche que de poco acaba conmigo, estuve ocho meses sin poderme mover de la cama, mi hermana Ana venía a la clínica casi a diario. Para combatir el aburrimiento yo solía preguntarle:

—Hermana Ana, hermana Ana, ¿qué ves por las ventanas?

Ana se asomaba a la alameda Recalde y respondía:

—Sólo veo nubes de polvo, hermana, nubes de polvo.

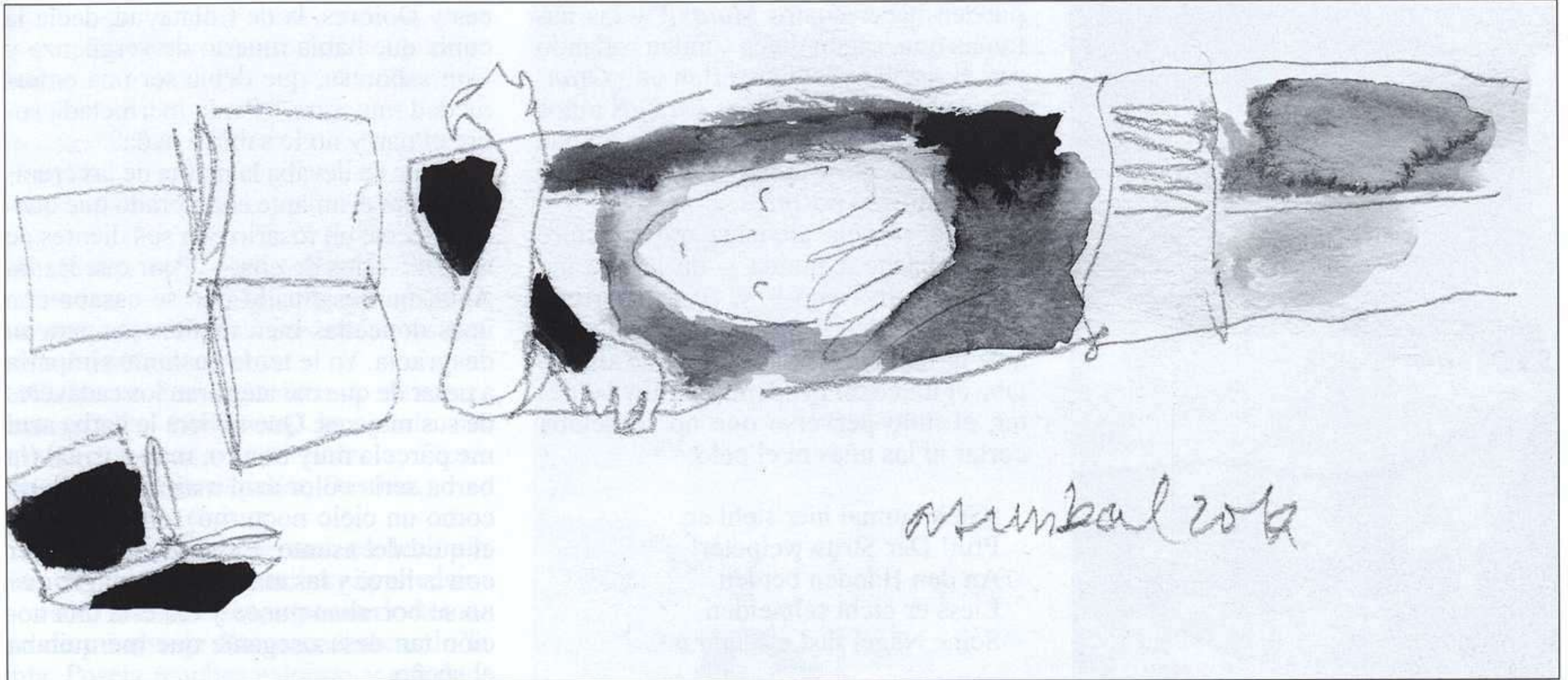
—¿Acaso no son mis hermanos que vienen a rescatarme?

—No, que son carneros, hermana, que son carneros.<sup>4</sup>

Y nos moríamos de risa.

«A la hora de escribir me complicaba mucho la vida. Dibujaba gente con un globo que decían “hola”. A pesar de que nadie escribía como yo, insistía en escribir “a espejo”. Los sonidos tenían su sitio en el espacio, así que la “a” de “hola” tenía que estar junto a la boca mirando a la campanilla. Una mañana de domingo en la que leíamos tebeos y yo estaba sentada en la cama de mis padres, papá me preguntó que por qué escribía así, pero no creo que se enterara de nada a pesar de mis razonamientos, pues mis explicaciones eran muy confusas. Cuando empecé a ir al cole, como nadie me entendía, abandoné mi método de escri-





*Joven leyendo = placer de leer.*

tura, que siempre me pareció más lógico que el oficial.»<sup>5</sup>

La asociación entre la palabras escrita, la hablada y la música, que me gustan tanto, y el revoltijo de lenguas en el que viví mis días de formación, me los encontré, años después, leyendo la autobiografía de Elías Canetti.<sup>6</sup> En Bulgaria, donde nace, escucha, de niño, el idioma español que hablan su familia, las sirvientas de su casa y los judíos sefardíes de su barrio, y vive inmerso en un crisol de civilizaciones donde el ladino convive con el búlgaro, el griego, el turco, el ruso, el alemán, el francés y el inglés. Los cuentos alemanes coexisten con los romances españoles, la música búlgara con la rusa y el niño se deja encantar por todas las influencias que acunan sus primeros años.

Los lectores de mi generación, la del 42, aprendimos la ironía con Guillermo Brown<sup>7</sup> y posteriormente descubrimos que su traductor, un tal López Hipkins, si no recuerdo mal, había mejorado los textos originales, cosa muy rara en nuestro país donde, por regla general, los traductores están tan mal pagados que no pueden ser excelsos y, casi sin darnos cuenta, pasamos de Guillermo y los trajes de Eton, de los archilanitas y del se-

ñor Hobbson, vendedor de bolas de caramelo, a *Orgullo y prejuicio*<sup>8</sup>, obra para la que la lectura anterior nos había preparado a conciencia, pues fue un bautizo por inmersión en las costumbres inglesas. Descubrimos que «es una verdad universalmente conocida que un hombre que posea a *thousand a year*, mola».<sup>9</sup> Años después corroboramos que era cierto: Elizabeth Bennet es una pesetera, pero está cargada de razón. Para nosotras de cualquier modo es tarde y vamos dando tumbos con una maleta en un mundo con decorados pintados por Friedrich, mientras que la Bennet instruye al jardinero y toma el té con parsimonia.

Preferimos las alocadas Brontë a la calma de la Austin, y luego caemos en brazos —muy metafóricamente— de T. S. Eliot y su:

«*April is the cruellest month, breeding  
Abril es el mes más cruel  
Lilacs out of the dead land, mixing  
que pare lilas de la tierra muerta  
Memory and desire, stirring  
que mezcla el recuerdo y el deseo  
Dull roots with spring rain.  
revolviendo tristes raíces con el agua  
de lluvia.*»<sup>10</sup>

de una belleza lírica inaguantable.

Largas horas de lectura en una granja perdida en Yorkshire, rodeada de ovejas y bruma. Leía motivada por la enorme curiosidad que siento por el XIX inglés (salvando el que tanto T. S. Eliot, como Ezra Pound y Plath fueran estadounidenses).

Aparecen Virginia y Leonard Wolf. Descubrí a Wordsworth y releí a Coleridge y a Byron, pero más acorde con mi época me hicieron vibrar Tom Hughes<sup>11</sup> y Sylvia Plath.

En los tiempos de mi rotura de cabeza, cuando crecí y descrecí como Alicia y me pegaron el cuello como pudieron, (¿como Wendy cosiendo la sombra a Peter Pan?), estuve unos meses en Collioure, donde, entonces (finales de los 60) no había flores en la tumba de Machado. En las tardes de tramontana me acompañaba Maurice Rastoul, un amigo lexicólogo que conocí en una terraza del centro de rehabilitación, a pico sobre el mismo Mediterráneo que Leonardo Sciascia llamaba del «color de vino». Empezamos nuestra amistad hablando de *El principito*<sup>12</sup>, pero después me hizo conocer a Molière, a Balzac, a Flaubert, a Pascal, a Barthes.<sup>13</sup> Tomábamos el té en la cafetería del centro. La enfermera con su francés catalanizado me dijo:





Arriba, libros (*De fulgor a fulgor*). Abajo, el mundo vedado.

«Ah, mademoiselle Balzola, ¡le thé a la mente ça fait devenir amourrrreuse!»

Flaubert me dio un buen consejo profesional y es el de *tuer l'adjective*. Hay que ser parco con estos, disciplinarse y evitar su encanto, son tan importantes que yo diría que, por ejemplo, uno de ellos, *nice*,

destroza la lengua inglesa —tan exacta, tan concisa y cristalina—, pues cada vez que alguien lo utiliza en una conversación cae por un precipicio y se rompe la cabeza como Humpty Dumpty.

La literatura inglesa del XIX y del XX deja sabor a hierba y a rocío, aunque ya

estemos sustituyendo los árboles por molinos eólicos y quede siempre menos naturaleza a nuestro alrededor.

Cuando volví de Collioure leí a Clarín y su mejor novela *La Regenta*,<sup>14</sup> que me gustó incluso más que *Madame Bovary*; leí a Pérez Galdós, a Blasco Ibáñez, a la Pardo Bazán, viajé a Roma por asuntos familiares y me encontré con un médico muy guapo que, cortejándome, me regaló la novela *Oblomov*,<sup>15</sup> de Iván Góncarov. Oblomov es el hombre superfluo por antonomasia, noción típica de la literatura rusa del XIX y según decía mi amigo se le parecía mucho. Nunca estuve de acuerdo pues la vitalidad, tanto física cuanto intelectual, devora al segundo, mientras que Oblomov pasa las primeras ciento cincuenta páginas de la novela tumbado en la cama.

Para cuando me di cuenta estaba cocinando espagueti para el tal italiano y por unos meses mis únicas lecturas fueron *L'Enciclopedia della Brava Casalinga*<sup>16</sup> e *Il Talismano della Felicità*, un grueso libro de cocina al estilo del de la marquesa Parabere. Casada con el susodicho, hijo de un editor y librero, no pude menos de convivir y disfrutar con la literatura italiana hasta la locura.

Recuerdo una cena en Palazzo Madama, un palacio barroco en Monte Mario desde donde se ve «tutta Roma» —las luces del Lungotevere, el ministerio de la Marina, el monte Parioli—, donde conocí a Einaudi, el magnífico editor que publicó, entre otros muchos, al primer escritor que se conoció en Italia del *boom* latinoamericano, Julio Cortázar, en una traducción impecable; a Natalia Ginzburg,<sup>17</sup> que tenía facciones similares a las de una estatua azteca y cuyas novelas me gustaban mucho. Era una mujer muy agradable y lo era también Gianni Rodari, escritor totalmente desprovisto de presunción a quien conocí bastante.

Una de mis primeras lecturas fue *L'isola d'Arturo*,<sup>18</sup> de Elsa Morante, que fue compañera de Alberto Moravia. *L'isola* es un canto de amor al Mediterráneo que pasó a ser mi mar y al que yo aprendí a amar con parecido fervor. El Mediterráneo es azul como cualquiera de mis acuarelas y, arrastrada por su color, ¡ahimé! traicioné la hache aspirada alemana y, desde entonces, no dejé de amar a la desesperada la lengua de San-





Autorretrato en silla de ruedas.

te, mi marido, que es además la de Dante. Dicen que el italiano más bello es el de la «lingua toscana in bocca romana» y así fue. Tuve el mejor maestro, pues el italiano en el que se expresa es verdaderamente... ¡qué sé yo!, bombones belgas y, en aquellos tiempos ya lejanos, ejercité mis chapurreos haciendo la compra en Ponte Milvio, conduciendo por la frenética ciudad, regateando como cualquier *casalinga* (¡qué gracia me hacía la tal palabra!) y leyendo, (yo también apasionada, yo también frenética, yo también *inammorata pazza*) todo lo que caía en mis manos.

Para acabar mi trilogía personal y oyendo cantar a Ornella Vanoni, leí *Ana Karenina*, con lo que obtuve tres heroínas desgraciadas, la Bovary, la Regenta y Ana. Las tres escritas por novelistas hombres, las tres incidiendo en el subconsciente colectivo y reforzando el estereotipo de la mujer que no sobrevive

sin su hombre. Como decía la abuela Romana: «A buen entendedor...».

Para no aburrir a los lectores, escribiendo listas de nombres de los muchos escritores italianos cuya obra conocí, hablaré *della mia ultima scoperta* y les diré que el mismo fulgor de... por poner un ejemplo, *Cañas al viento*<sup>19</sup> de la premio Nobel (1926), Grazia Deledda, me lo ha causado el libro *Yo no tengo miedo* de un autor muy joven llamado Niccolò Ammaniti,<sup>20</sup> cuya versión cinematográfica dirigida por Gabriele Salvatore se presentó el otoño pasado en el Festival de Berlín.

Y tengo que terminar aquí, aunque tendría que hablar de la literatura estadounidense, americana, en fin... tantas otras. ¿Cómo no recordar el placer que me supuso leer *Balzac y la costurera china*?<sup>21</sup>

Acabo de volver de Roma y he saqueado la biblioteca de Sante, pero, aunque

no quiera agotar vuestra paciencia, tengo que citar *Very strong and incredibly close*, de Jonathan Safran, judío neoyorquino. Otro fulgor. ■

\*Asun Balzola es escritora e ilustradora.

#### Notas

1. «Mírale, ahí está ¡Pfui!, el Struwwelpeter, El que no se deja cortar las uñas De ninguna de sus manos Por lo menos desde hace un año.»
2. Balzola, A., *Txoriburu. Cabeza de chorlito*, Barcelona: Destino, 1998.
3. Alude al verso de la canción que dice: «Me voy a hacer un rosario con tus dientes de marfil...». (*El emigrante*, de Juanito Valderrama).
4. Cuentos de Perrault. *Barba Azul*.
5. Balzola, A., *Txoriburu. Cabeza de chorlito*, Barcelona: Destino, 1998.
6. Canetti, E., *La lengua absuelta*, Barcelona: Muchnik, 1981.
7. Chrompton, Richmal, *Guillermo el incomprendido*, Barcelona: Molino, 1979.
8. Austin, J., *Pride an prejudice*, London: Penguin, 2005.
9. «Es una verdad universalmente aceptada que un soltero que posea una fortuna considerable, deba ir en pos de una esposa» en Austen, J., *Orgullo y prejuicio*, Barcelona: Juventud, 1981.
10. Eliot, T. S., *The Waste Land*.
11. Tom Hughes (1930-1988) poeta inglés cuyo matrimonio con la también poeta Silvia Plath acabó con el suicidio de esta.
12. Saint-Exupéry, A., *El Principito*, Barcelona: Salamandra, 1990.
13. Barthes, R., *Fragments d'un discours amoureux*, París: Editions du Seuil.
14. Clarín. *La Regenta*.
15. Goncharov. I. *Oblomov*, Alba, 1981.
16. *Casalinga*: ama de casa.
17. «Mi padre se daba todas las mañanas una ducha fría. Bajo el chorro gritaba, rugía; después tomaba un café con leche aguado, que rebosaba azúcar. Salía de casa cuando las calles todavía estaban oscuras, y casi desiertas; salía en la niebla, en el frío del alba de Turín, tocado con una boina ancha, calada como una visera en la frente, con un impermeable largo y ancho lleno de bolsillos y de botones de cuero, las manos detrás de la espalda, la pipa, ese paso chueco suyo, un hombro más alto que el otro; en las calles no había aún casi nadie, mas él lograba chocar con las pocas personas con las que se había cruzado, caminando ceñudo y cabizbajo.» (Ginzburg, N., *El poder de la palabra*.)
18. Morante, E., *La isla de Arturo*, Espasa Calpe, 2004.
19. Deledda, G., *Cañas al viento*, Newton Compton Editori, 1994.
20. Ammaniti, N., *Io non ho paura*, Roma: Einaudi, 2003.
21. Sijie, D., *Balzac y la costurera china*, Barcelona: Salamandra, 2001.